

“La participación de los grupos indígenas en las guerras de independencia: el Alto Perú (1811-1815)”.

vega yamila.

Cita:

vega yamila (2013). *“La participación de los grupos indígenas en las guerras de independencia: el Alto Perú (1811-1815)”*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/273>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eMCw/3nB>

**XIV Jornadas
Interescuelas/Departamentos de Historia
2 al 5 de octubre de 2013**

ORGANIZA:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 34

Titulo de la Mesa Temática: "Hacer política: formas de acción colectiva y movilización popular en Latinoamérica, siglos XVIII y XIX"

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Di Meglio, Gabriel; Gustavo Paz; Sergio Serulnikov

La participación de los grupos indígenas en las guerras de independencia: el Alto Perú (1811-1815)

Yamila Vega

Universidad Nacional de Luján

yamilavega86@gmail.com

Introducción

Las guerras de independencia en América del Sur han sido analizadas por la historiografía tradicional como una etapa en la cual los sectores letrados de la sociedad organizaron y protagonizaron el proceso revolucionario. A mediados del siglo XX, las revoluciones de independencia fueron analizadas desde el punto de vista político, social y cultural, poniendo énfasis en las relaciones entre las luchas políticas y la diversidad de los conflictos sociales (Fradkin, 2010: 80-81). A partir de la década de 1990 nuevas

visiones historiográficas indagaron los paradigmas tradicionales y resaltaron la participación de los sectores populares como actores claves del período de formación del Estado nacional (Fradkin y Gelman, 2010).

Desde el punto de vista de la historia popular, pretendo analizar los mecanismos de intervención de las diferentes parcialidades indígenas que habitaban la región de los Andes meridionales, zona en la cual desplegó sus acciones el Ejército Auxiliar del Perú frente a las tropas realistas.

Tomaré como eje de análisis las acciones colectivas desarrolladas por los grupos indígenas, sus actitudes frente al reclutamiento de la tropa y a las exigencias de los ejércitos para su abastecimiento, considerando las relaciones de dichos grupos tanto con el ejército “patriota” como con el ejército realista, en un juego constante de oposición, alianza o neutralidad, durante un período que abarca los años transcurridos entre 1811-1815.

Al revisar el itinerario, los partes de batallas, las memorias de los generales, pretendo interpretar las situaciones cotidianas vividas por las poblaciones indígenas que padecieron la permanencia de los ejércitos en su territorio, y de las cuales sólo podemos tener un acercamiento a través de documentos que, por lo general, expresan la visión de un solo sector social.

Conformación social de los Andes meridionales

Con el objeto de comprender las actitudes de las poblaciones indígenas del área surandina durante el período revolucionario, resulta imprescindible analizar la conformación social de la región de los Andes meridionales y los conflictos que se sucedieron en torno a los intereses económicos y las fricciones que se producen entre diferentes sectores sociales debido a las necesidades que la guerra implica.

Salta presentaba grandes diferencias con el resto del espacio surandino, en especial por la ausencia de comunidades y pueblos indígenas, y la persistencia de encomiendas de indios, entre ellas la Tonocotés de Nicolás Severo de Isasmendi en el valle Calchaquí y la de Cochino y Casabindo del Marqués de Tojo en Santa Victoria y Tarija. La población estaba mayormente compuesta por mestizos, afromestizos, negros y un porcentaje de población blanca en la ciudad (Mata, 2008: 181). Desde el punto de vista socioeconómico, pueden distinguirse tres grandes zonas de crecimiento: el fértil Valle de Lerma, donde coexistían pequeñas y medianas propiedades, y dominaba una

población mestiza y afromestiza; el valle Calchaquí, donde predominaba la gran propiedad y la población era mayoritariamente indígena; y la zona de la frontera chaqueña, que se caracterizó a fines del siglo XVIII por un intenso proceso de apropiación de tierras. Junto a las estancias ganaderas ubicadas en la ruta mercantil que unía Tucumán con Jujuy, se establecieron hacia el este estancias cercanas a los fuertes y reducciones de indios, cuyos propietarios eran comerciantes y soldados, pequeños productores y arrenderos procedentes de Tarija y otras jurisdicciones vecinas, que combinaron las tareas estacionales de las estancias con la agricultura de subsistencia, y la cría de ganado ovino y bovino, actividad que les permitía participar en el comercio de vacunos hacia Tarija y Chichas (Mata, 2004: 231).

En los años previos al período de las guerras de independencia, en el valle de Lerma se produjo la valorización de las propiedades rurales, y por otro lado, la emergencia de un mercado de tierras, producto de la creciente demanda de ganado mular. Las actividades rurales atrajeron a la población indígena alto peruana, que se asentó en calidad de agregados, arrenderos y peones (Mata, 2004: 230). En este sentido, es preciso tener en cuenta que luego de las rebeliones andinas de 1780 (Larson, 1991; Walker, 2004; Serulnikov, 2006; Thomson, 2006) una cantidad considerable de población indígena se desplazó por el espacio surandino, incluyendo a las provincias de Salta y Jujuy. Por otra parte, en la llanura chaqueña, que formaba parte de la periferia de la Intendencia de Salta, surge una importante clase alta dedicada a la cría de mulas y ganado vacuno, utilizando peones mestizos a los cuales se les otorga permiso de instalación en la tierra. Estos cambios estructurales introdujeron innovaciones que *“contribuyeron a afianzar las relaciones económicas, sociales y políticas de la elite salteña con el puerto de Buenos Aires”* (Mata, 2004: 226). Asimismo se produjo un debilitamiento de las elites tradicionales, que habían crecido en torno a la cría y engorde de mulas para abastecer al mercado minero de Potosí, pues los comerciantes de origen peninsular pasaron a formar parte de la elite mediante el matrimonio con mujeres que pertenecían a las familias tradicionales, que constituían el sector dominante de la sociedad, debido no sólo a su hegemonía económica sino también al prestigio social que ostentaban. Esta aristocracia dueña de la tierra domina también el comercio de la región, que se ha visto favorecido con la reorientación atlántica de todo el sur de América (Halperín Donghi, 1979: 18)

Se produjo un aumento demográfico, ocasionando la presión sobre la tierra, alrededor de la cual se concentraba la riqueza de los sectores dominantes. Esta situación provocó diversos conflictos sociales; uno de ellos se dio en las milicias organizadas en la

Intendencia de Salta en 1803 (Mata, 2008: 185), y el conflicto giró en torno a la autoridad ejercida por los oficiales o representada por el Cabildo.

Otra situación se vivió en la Puna jujeña. Durante la colonia, el partido de la Puna había pertenecido a la jurisdicción de la ciudad de Jujuy, y estaba integrado por los actuales departamentos de Cochinoca, Yavi, Santa Catalina y Rinconada. A diferencia de Salta, más del 85% de la población era indígena, con una economía basada en el pastoreo de llamas, la extracción de sal, la minería a pequeña escala y otras actividades asociadas. Hacia fines del siglo XVIII, más del 60% de la población de Jujuy habitaba en la Puna (Gil Montero, 2002: 4). La principal hacienda de la región pertenecía al marqués del Valle del Tojo, por lo cual una parte importante de la población indígena eran indios de encomienda.

La Puna de Jujuy se encontraba más ligada al Alto Perú, no sólo desde el punto de vista espacial, sino también por los lazos económicos, sociales y culturales. Para esta región, la guerra de independencia significó saqueo, ocupaciones, establecimientos de cuarteles generales, reclutamientos, persecuciones, ya que fue la región de paso de ambos ejércitos.

La guerra en territorio altoperuano

El proceso revolucionario comienza en el sur altoperuano, con el pronunciamiento de Chuquisaca en mayo de 1809. Si bien el movimiento fue encabezado por los sectores letrados de la sociedad, la plebe tuvo una intensa participación a lo largo de las jornadas, en apoyo a los estudiantes de Chuquisaca (Adrián, 2011). En un documento titulado “Espectáculo de la verdad”, del 25 de mayo de 1809, José Antonio Álvarez de Arenales señalaba esta relación:

Viendo que el pueblo amainaba a la manera de una marea que va cascando, soplaron nueva borrasca enfureciendo a la plebe con el soborno y con la embriaguez para que empezase a pedir cuanto le inspiraba los ocultos soplonos de la sedición. De la interior casa de un Ministro se comunicó la voz de que pidiesen al Fiscal con todo de que sabían muy bien que no estaba preso por haber impedido su fuga de allí

mismo. El populacho embriagado arrebató al Arzobispo con sacrílega insolencia llevándolo por las calles como una nave fluctuante¹.

En julio de 1809 la oposición se levantó en La Paz. Esta revuelta, más radical que la de Chuquisaca, reclutó adhesiones sobre todo entre los mestizos. En consecuencia, el virrey del Perú, Fernando de Abascal, envió a Goyeneche a reprimir los levantamientos (Gil Montero, 2006: 95) Estos acontecimientos repercutieron fuertemente en Buenos Aires, donde ya se había creado el Ejército Auxiliar, que había sido enviado al Alto Perú. Cochabamba, Santa Cruz, Tarija y Oruro manifestaron su adhesión a Buenos Aires.

En la Intendencia de Salta del Tucumán, el intendente Isasmendi, si bien en un comienzo se adhiere a la Junta porteña, luego se une a la resistencia organizada desde el Alto Perú. Estos vaivenes demuestran los intereses económicos creados durante el período colonial, y las relaciones sociales dominantes, previas a la revolución, que influyen profundamente al momento de establecer alianzas con las fuerzas en pugna.

Isasmendi es reemplazado por Feliciano Chiclana, y en Cabildo Abierto Jujuy manifestó su lealtad al movimiento revolucionario, luego lo hicieron Tucumán, Salta, Santiago del Estero y Catamarca. En el Alto Perú, en cambio, Nieto se niega a reconocer a la Junta, y en un principio sólo la jurisdicción de Charcas y Oruro se unen a la revolución (Halperín Donghi, 1998: 55-56). El ingreso del ejército porteño alentó la insurrección en Chuquisaca, Potosí, La Paz y Cochabamba, de la cual participaron Alcaldes pedáneos, curacas, sacerdotes, hacendados y jefes de milicias (Mata, 2008: 189) que habían apoyado a las juntas de gobiernos altoperuanas de 1809.

Luego de ser rechazadas en Cotagaita, las tropas revolucionarias vencen en Suipacha, lo cual les permitió avanzar sobre el espacio altoperuano. En noviembre de 1811 Castelli entra en Potosí. Luego de fusilar a los realistas Nieto, Paula Sanz (Gobernador Intendente de Potosí) y Córdova, nombró gobernador de la Villa Imperial a Feliciano Chiclana y a Juan Martín de Pueyrredón gobernador de Chuquisaca, excluyendo de los cargos a generales altoperuanos. Por otro lado, Castelli buscará ganar adhesiones a la causa revolucionaria entre los diferentes grupos sociales, favoreciendo a los criollos contra los peninsulares y ofreciendo a los indios la emancipación del tributo y los

¹ AGN, Sala VII, Legajo 2556.

servicios personales, amenazando los intereses de la clase alta, tanto criolla como peninsular. Como bien ha señalado Halperín Donghi,

en un orden basado secularmente en el mantenimiento del indígena en la situación más desfavorecida, eran en efecto todos los sectores privilegiados (burócratas, mineros, terratenientes, eclesiásticos y la plebe urbana) los que debían sufrir las consecuencias inmediatas de la emancipación india (...) La liberación indígena aparece así como una amenaza al estatuto de las demás castas altoperuanas (...) La política filoindígena (...) es a la entera área andina, de la que la resistencia del virrey del Perú extrae lo mejor de sus recursos, a la que esa política busca convulsionar (Halperín Donghi, 1979: 251 y 254)

La liberación de indígenas era una necesidad impuesta por la guerra, ante la falta de hombres para pelear y trasladar los pertrechos militares. En septiembre de 1811, la Gaceta de Buenos Aires publicó el decreto mediante el cual se declaraba la abolición del tributo, aduciendo al

estado miserable y abatido de la desgraciada raza de los indios (...) La Junta ha resuelto: lo primero que desde hoy en adelante para siempre queda extinguido el tributo que pagaban los indios a la Corona de España, en todo el distrito de las Provincias Unidas al actual gobierno del Río de la Plata (...) Lo segundo, que para que esto tenga el más pronto debido efecto que interesa, se publique por bando en todas las capitales y pueblos cabeceras de partidos de las provincias interiores y cese en el acto toda extracción desde aquel día² (Gaceta de Buenos Aires, II, 1912: 959-961)

Luego, la Gaceta publicaba una carta del General Pueyrredón enviada desde el cuartel de Salta, en la cual declaraba libres de las contribuciones a los “naturales del Perú”, de los pueblos de “*Sicasica, Yungas, Ayo Ayo, Calamarca, Sapaaque, Caracato, Suribay,*

² Gaceta Ministerial de Buenos Aires, N° 66, 10 de septiembre de 1811.

Xuraca, Yaco, Cupinata, Caravi Mosa, Palea, Yicapalca, Himola y Caracaibo”³
(Gaceta de Buenos Aires, II, 1912: 9), por su contribución con el ejército.

Las medidas adoptadas por Castelli, entre ellas la abolición del tributo, la propuesta de integrarlos como representantes de las intendencias y la celebración del aniversario del 25 de mayo en Tiahuanaco, no fueron bien recibidas por la población local (Gil Montero, 2006: 97) Como se dijo en líneas anteriores, con la abolición del tributo y las contribuciones obligatorias, el gobierno rioplatense intentaba ganar adeptos entre la población mayoritaria indígena de las provincias del Alto Perú. Sin embargo, estos pueblos presentaban características muy particulares en referencia al pago del tributo. Entre 1809 y 1812, se expandió un proyecto insurgente dirigido por el prebendado de La Plata Andrés Jiménez de León y Mancocapac, el cacique de Toledo Manuel Victoriano Aguilaro de Titichoca y el escribano de la Junta Tuitiva de La Paz Juan Manuel de Cáceres (Soux, 2008: 25) que marcó una fuerte presencia de las poblaciones indígenas que, entre otras demandas, luchaban por la supresión de la mita de Potosí y sobre todo se negaban a pagar al tributo a las autoridades que habían destituido al rey, a quien reconocían como la legítima autoridad. Es decir, que estos grupos sublevados reconocían al tributo como obligación del pacto colonial, y a pesar de la abolición de éste por medio del decreto del Consejo de Regencia en mayo de 1810, las autoridades realistas lo seguirían cobrando.

El tributo indígena constituía la fuente mayoritaria de recaudación para mantener la estructura del gobierno y a las instituciones eclesiásticas. Por esta razón, cuando las Cortes de Cádiz resolvieron su abolición, las autoridades coloniales se vieron en la necesidad de renegociar el pacto colonial para poder mantener a los ejércitos realistas. Se decidió finalmente que las comunidades y ayllus pagarían una “contribución provisional”. En la región del Alto Perú, donde los indios estaban sublevados, las autoridades locales comenzaron a establecer contactos con las autoridades indígenas, caciques y cobradores para negociar el pago del tributo⁴. La negociación del tributo adquiere relevancia tanto para el ejército realista como para los grupos que se sublevaron en el Alto Perú entre 1809 y 1812 (Soux, 2008); pues las parcialidades

³ Gaceta Ministerial de Buenos Aires, N° 3, 12 de noviembre de 1811.

⁴ María Luisa Soux, señala tres estrategias principales de negociación del tributo: en Challapata, el jilaqata (autoridad indígena de menor rango) obligaba a los indios a pagar y se apropiaba de una cantidad para su propio beneficio. En Oruro, el gobierno local negoció con los indios el pago del tributo a cambio de lograr la posesión de la tierra. En un tercer caso, el pago del tributo se establecía a cambio de que la corona no aumentara sus exigencias. (Soux, 2008: 31-34)

insurgentes también buscaron estrategias para apropiarse del tributo, a fin de recaudar ingresos para el mantenimiento de la guerra.

La relación entre las poblaciones indígenas y el Ejército Auxiliar

En un principio, el ejército se instaló en Laja, entre La Paz y Desaguadero, una zona habitada por poblaciones indígenas aymaras. La derrota del ejército patriota en Huaqui, en 1811 no sólo ha significado la pérdida del Alto Perú, sino también una transformación de las alianzas de las ciudades altoperuanas, que se convirtieron en un solo bloque hostil a las tropas revolucionarias, que son expulsadas.

Cuando el escribano Cáceres dirigió una gran sublevación indígena que, desde Charcas, se extendió a todo el altiplano, el virreinato peruano envió tropas de criollos e indígenas para controlar la sublevación. Los ejércitos virreinales de Goyeneche, Astete, Gonzáles de Socasa, Lombera, Benavente y los ejércitos indígenas de Mateo Pumacahua y Choquehuanca pasaron a dominar el territorio (Soux, 2008 b: 128) Por su parte, El ejército patriota debió retroceder hasta Salta, Viamonte fue reemplazado por el coronel Pueyrredón, que a su vez será relevado en 1812 por el General Belgrano, que una vez ubicado en Campo Santo, deberá reorganizar al ejército.

A diferencia de las tropas que componían el ejército realista, el Ejército Auxiliar estaba conformado fundamentalmente por mestizos que se desempeñaban como jornaleros y peones en las estancias de los alrededores, indígenas y minoritariamente por tropas enviadas desde Buenos Aires. En este sentido, la organización del ejército fue una tarea muy compleja desde el punto de vista estrictamente militar que hace a la utilización del armamento y la logística. Además, una problemática a la que tuvieron que enfrentarse a lo largo de las campañas al Alto Perú, fue la obtención de recursos varios, fundamentalmente alimentos, abrigo y pertrechos militares, pues el gobierno de Buenos Aires no enviaba los recursos necesarios. Belgrano informaba:

habiendo tal vez estado el ejército escaso de numerario, se les tomaron a los vecinos ganados y algunos otros objetos necesarios, que no se les satisfizo de contado y se les pagó con recibo cuando más.

Conozco que la necesidad obliga á estos pasos; pero también sé que estas gentes son muy interesadas, y, lo que es más, que no tienen patriotismo; y para que se adornen en él (...) y estén contentos, juzgo que es necesario

pagarles todo de contado⁵ (Documentos del Archivo Belgrano, 1914: 181)

En relación a la población indígena, el obstáculo principal era la gran deserción y la falta de interés para colaborar con el ejército, sobre todo en el área de la Puna jujeña. Si revisamos los documentos escritos por Belgrano, podemos encontrar diversos testimonios en los cuales plantea estas problemáticas, y que resultan interesantes leerlos para poder comprender las situaciones vividas por las tropas. Desde el Cuartel de Yatasto, planteaba que

la deserción es escandalosa y lo peor es que no bastan los remedios para convencerla, pues ni la mente misma la evita, esto me hace afirmar más y más en mi concepto de que no se conoce en parte alguna el interés de la causa de la patria y que sólo se ha de sostener por la fuerza interior y exteriormente⁶ (Documentos del Archivo Belgrano, 1914: 99)

Un mes después, en Campo Santo, vuelve a mencionar las deserciones producidas, pero *“esto lo atribuyo más a la clase de oficialidad que a los mismos soldados, pues estos como cuerpos inertes se mueven según el impulso de aquellas palancas (...)”*⁷. Por otra parte, resaltaba las virtudes de los hombres reclutados en la región de las quebradas y valles de Salta y Jujuy: *“que pisaban los efectos y dineros de los enemigos sin atenderlos por perseguirlos y concluirlos; jóvenes todos que por primera vez experimentaban los horrores de la guerra”*⁸.

En las condiciones mencionadas, Belgrano intentaba reorganizar un ejército de aproximadamente mil quinientos hombres compuesto en su mayoría por reclutas jujeños, mientras que Goyeneche ordena a Pío Tristán avanzar hacia el sur. Luego de enfrentarse en Tucumán, el ejército patriota finalmente vence a los realistas en las afueras de Salta, desobedeciendo las órdenes de replegarse a Córdoba en febrero de 1813. Esta victoria tendrá dos consecuencias principales. Por un lado, miembros de las familias tradicionales y comerciantes ricos de Salta y Jujuy emigraron hacia el Alto

⁵ Jujuy, 28 de julio de 1812, Libro copiadador del Ejército del Perú (Documentos del Archivo Belgrano, 1914: 181)

⁶ *Ibíd.*, 29 de marzo de 1812.

⁷ *Ibíd.*, Campo Santo, 4 de abril de 1812, pp. 102.

⁸ *Ibíd.*, Tucumán, 20 de septiembre de 1812, pp. 235.

Perú, estableciendo en un futuro inmediato alianzas con personajes ligados a Abascal, virrey de Lima.

Por otra parte, esta situación posibilitó que Potosí, Charcas, Tarija, Cochabamba se insurreccionan en apoyo al ejército revolucionario; situación que obliga a los realistas a permanecer en Oruro esperando que Joaquín de la Pezuela tome el mando en reemplazo de Goyeneche (Halperín Donghi, 1998: 66). Este escenario favorable le permite a Belgrano reclutar gran cantidad de población indígena.

Pezuela, en sus memorias también relata las dificultades que ha tenido el ejército realista para organizar las tropas compuestas por indígenas, y a través del siguiente pasaje podemos observar la colaboración de éstos con los patriotas:

los indios aborrecían al soldado, al oficial y a todo lo que era del Rey; por el contrario servían de balde con sus personas y víveres a los de Buenos Aires; porque los halagaban con la igualdad y libertad de tributos, no por voluntad pues éstos no la tienen ni a unos ni a otros, y son enemigos natos de todo el que no es de su casta; les servían fielmente de espías, y sabían la posición y movimientos del ejército del Rey al momento de ejecutarlos (...) Las provincias de Cochabamba, Charcas y Potosí estaban en poder de los enemigos (...) Las tres cuartas partes de sus habitantes eran decididos por el sistema de ellos, y los ayudaban con extraordinaria voluntad; especialmente los curas y frailes, que son los que más daño han causado a las armas del Rey (...) más a los indios a quienes ellos dominan los tenían prontos a su voz, y los levantaban cuando les convenía (...) Oruro era poco de fiar (...) La Paz era la ciudad más criminal que se conocía (De la Pezuela, 2011: 9)

En este punto, es fundamental volver la mirada sobre las guerrillas insurgentes o “republicuetas”, organizadas por caudillos mestizos en general, y conformadas por indígenas de las zonas de Oruro, Paria, Chayanta, Cochabamba, Potosí, que apoyaron las avanzadas del ejército patriota en los territorios mencionados, entre 1812 y 1814.

Las estrategias empleadas por estos caudillos han sido muy heterogéneas, pero el motivo principal fue acabar con el dominio colonial, y los abusos de los jefes realistas que saqueaban los recursos económicos de las zonas afectadas directamente por la guerra. Es fundamental tener en cuenta que las guerrillas significaron un fuerte apoyo

para el ejército patriota y la posibilidad de contar con la colaboración de indígenas para la resistencia. Incluso, el caudillo Mariano Díaz organizó una campaña insurgente bajo las órdenes de Manuel Belgrano, en las regiones de Atacama y Jujuy (Soux, 2008 b: 138). Por otra parte, el caudillo indígena Blas Ari, proveniente de la región de Paria, también mantuvo estrechos contactos con el bando patriota. Como lo deja entrever Belgrano en uno de los informes enviados a Buenos Aires:

El comandante don Blas Ari me ha traído a los deanes don Pedro Funes y don Hipólito Maldonado, cura el primero de Andamarca, y el segundo de las Salinas de Garci-Mendoza, con una porción de representaciones en contra de ellos, y le han acompañado hasta treinta naturales, todos con quejas de la conducta de los expresados curas, y de que son contrarios a nuestra sagrada causa; que predicaban en contra de ella y a favor de Goyeneche⁹.

La alianza entre diversas parcialidades indígenas y el ejército revolucionario constituyó un factor fundamental en la lucha por la independencia, no sólo porque constituían el grupo social más numeroso, sino porque conocían el terreno, permitiendo planificar previamente las acciones, y establecer contactos con diferentes regiones, informando de la presencia de tropas realistas (o patriotas en caso de formar alianza con Goyeneche o Pezuela), y aportando gran cantidad de recursos.

Si bien Belgrano señala las dificultades que ocasionaba la utilización de indígenas, los consideraba imprescindibles para la lucha; otros, en cambio, consideraron a los indígenas como un estorbo, por la carencia de experiencia en la organización militar. Sin embargo, puede pensarse que estas connotaciones peyorativas se relacionan con una visión colonial del indígena.

José María Paz, criollo proveniente de Córdoba, se incorporó al ejército del norte en 1811; cuando relata los acontecimientos transcurridos en la batalla de Vilcapugio señala:

Aunque no se habían reunido las fuerzas de Cochabamba, lo habían hecho dos o cuatro mil indios desarmados y sin la menor organización, instrucción ni disciplina. De estos indios una parte fue destinada a

⁹ *Ibíd.*, Campo Santo, 2 de mayo de 1812, pp. 120.

arrastrar los cañones a falta de bestias de tiro y los demás se colocaron en las alturas para ser meros espectadores de la batalla. Estos no podían ser de la menor utilidad y sin duda el objeto del General Belgrano sólo fue el de asociarlos en cierto modo a nuestros peligros y a nuestra gloria, pero los que fueron destinados a arrastrar los cañones fueron positivamente perjudiciales (...) ya no hubo que contar con ellos para mover los cañones, pues sin dejar su humillante postura fueron escabulléndose hasta desaparecer enteramente (...) en una línea de batalla no deben encontrarse (salvo casos de rara excepción) sino las personas que tienen una responsabilidad positiva por su comportamiento (Paz, 1950: 119)

En contraposición a la mirada de Paz, el General Gregorio Aráoz de Lamadrid en las observaciones que realiza sobre las memorias escritas por Paz, señalará en repetidas ocasiones el rol primordial que adquirieron los indios a lo largo del período revolucionario:

Nuestros gauchos eran los que se indignaban cuando se les daba una lanza con una larga asta; así fue que la cortaron casi por la mitad, cuando se les dieron para la batalla, lo cual no era extraño porque entonces no se había hecho todavía uso de esta ventajosa arma, y no sabían por consiguiente manejarla (Araoz de Lamadrid, 1855: 16)

A lo largo de sus memorias, Lamadrid resaltará la importancia de la colaboración de las parcialidades indígenas sobre todo en lo que refiere a los recursos:

aunque nos servíamos generalmente de mulas para las marchas, como que son las más sufridas y á propósito la aspereza de los caminos, nunca nos faltaron los caballos de reserva para entrar en pelea (...) pues los indios fueron siempre más afectos á nosotros que á los españoles, pues aún en nuestras derrotas a pesar de la miseria, jamás nos alejaban sus llamas y ovejas, como lo hacían siempre con las tropas españolas (Araoz de Lamadrid, 1855: 21)

mil veces cuando andaba yo á vanguardia con pequeñas partidas al frente de los ejércitos españoles, por esos cerros del Perú, fuimos salvados por

los naturales del país que me salieron al encuentro con ollas de comida, y cántaros de chicha para mis soldados, y alfalfa o cebada para nuestras cabalgaduras, y por fin nos guiaban por el verdadero camino (Araoz de Lamadrid, 1855: 61)

La participación de indígenas, más allá de las visiones que los muestran como indisciplinados, inútiles, apáticos, tuvieron un rol de suma importancia en el control territorial mediante la insurrección general, sobre todo por la influencia de las guerrillas al mando de los caudillos altoperuanos. El ejército realista se enfrentaba con serias dificultades en las expediciones por el territorio de la Puna y sus inmediaciones. Joaquín de la Pezuela, desde La Quiaca:

donde estaban los indios en insurrección y habían muerto al Subdelegado Teniente Coronel D. José Cermeño y a 30 Granaderos que lo acompañaban, quitándoles el armamento. Jáuregui (Teniente Coronel que dirigió la excursión), llegó a Vilacaya con su gente, pasó por las armas a varios indios y entre ellos a un principal apellidado Guancoyto: de esta resulta se replegaron los indios a las inmediaciones de Pumabamba (...) Potosí ha estado sitiado por los indios más de ocho días, hasta que una División de 300 hombres hizo levantar el sitio¹⁰ (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912: 649)

La intervención popular adquirirá un gran protagonismo a partir de la entrada del ejército realista en Salta, desde entonces, la revolución y la guerra se inscriben en un período crítico.

Güemes y las guerrillas altoperuanas: la insurgencia popular

Las derrotas sufridas por el ejército revolucionario en Vilcapugio y Ayohuma (noviembre de 1813) en manos de los realistas comandados por Joaquín de la Pezuela generaron una situación de inestabilidad para las poblaciones del norte argentino,

¹⁰ Gaceta Ministerial de Buenos Aires, N° 121, 14 de septiembre de 1814 (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912)

fundamentalmente luego de que Pezuela ocupara Salta a partir de enero de 1814. Entre los jefes militares que lo acompañaron se encontraban Saturnino Castro, de Jujuy, y Pedro Antonio Olañeta, emigrado de Salta; ambos eran comerciantes emparentados con familias tradicionales de la zona, que habían emigrado con el ejército de Pío Tristán (Mata, 2004: 234)

La permanencia de los ejércitos realistas ocasionó, inmediatamente, resentimientos en la población local que sufrieron un saqueo prolongado, en especial en la zona del valle de Lerma. Esta situación tuvo como corolario la organización de grupos de milicias rurales, liderados por medianos propietarios rurales devenidos en jefes milicianos, la insurrección de la población rural

constituyó el punto inicial de un movimiento social que despertaría resquemores e iría creciendo y consolidándose como factor de poder bajo la conducción de Martín Miguel de Güemes (...) jugaron un papel importante las relaciones clientelares, la coacción y la posibilidad de la paga de un salario (Mata, 2004:236)

La presencia del ejército implicó la destrucción de los medios de producción, debido al abandono de las actividades productivas por las levas, persecuciones, emigración. Una de las estrategias fundamentales para enfrentar a los realistas fue la guerra de recursos *“que consistía en retirar todo y sólo presentar batalla cuando no quedaba otro remedio”* (Gil Montero, 2002 :14) En referencia a la resistencia del pueblo de Salta ante la ocupación realista, el general Paz subrayaba:

El pueblo de Salta, que es bastante considerable, estaba casi yermo; tres cuartas partes de las casas estaban solas y las demás poco habitadas. Los frailes de los conventos habían también emigrado y sólo quedaron dos sacerdotes enfermos (...) Hubo iglesia en que no quedó ni ornamento ni vaso sagrado y en que se quitaron hasta los Badajoz de las campanas, para que no pudiera hacerse uso de ellas. Estas disposiciones del paisanaje prepararon esa resistencia heroica (Paz, 1968: 185)

José de San Martín, que durante unos meses reemplaza a Belgrano como jefe del ejército, expresaba de la siguiente manera las acciones desplegadas por los gauchos:

El paisanaje está tan empeñado en hostilizar al enemigo e impedirle la extracción de ganados (...) ellos solos le están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan temible, que le han puesto en la necesidad de despachar una división de mas de 300 hombres con el único objeto de proteger la extracción de mulas y ganado vacuno¹¹. (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912: 561)

La presencia o ausencia de ganado determinaba los lugares de asentamiento. En este sentido, las tierras altas fueron un lugar privilegiado por la presencia de ganado tanto para ser utilizado como medio de carga y para trasladarse (mulas, llamas, caballos), o como alimentos (ovejas, vacas). Puede afirmarse que el saqueo de las tropas realistas a las haciendas de esta región ha determinado en buena medida el apoyo de diversos estancieros a los gauchos de Güemes. Tal es el caso del marqués del Valle del Tojo, que al comenzar la guerra actuó a favor de los realistas, pero en 1815 se hizo cargo de la defensa de la Puna de Jujuy, apoyando a Güemes con fuerzas indígenas reclutadas en la población local. Cabe destacar que estos sectores privilegiados se alinearon con el caudillo salteño no sólo por una decisión de índole política, sino principalmente por la defensa de sus intereses materiales.

Las razones de la insurgencia popular en el valle de Lerma deben buscarse en las tensiones previas al período revolucionario, en torno a la posesión de tierras. El comercio de mulas generó un proceso de concentración de la tierra entre los sectores sociales privilegiados, limitando la adquisición de pequeñas propiedades entre los sectores rurales más bajos. El éxito comercial favoreció la inmigración altooperuana, y tanto capataces como peones, desde fines del siglo XVIII, habían reunido capital suficiente para acceder a una porción de tierra. Los reclamos por las tierras fueron una de las causas principales de la insurgencia, pero no la única.

Otras medidas, como el fuero militar, la exención de aranceles religiosos y pagos de arriendos y prestaciones de servicios personales por el acceso a una parcela de tierra (Mata, 1999; Mata, 2008 b) fueron los factores primordiales que impulsaron a la plebe rural o “gauchos” (pequeños productores, arrenderos, agregados y peones, mestizos,

¹¹ Gaceta Ministerial de Buenos Aires, N° 99, 10 de abril de 1814, (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912)

indios) a luchar bajo las órdenes de Güemes. Probablemente, la posibilidad de pelear en las milicias fue vista por estos sectores como un medio de ascenso social.

Güemes no sólo supo canalizar las demandas de la población de Salta y Jujuy, sino que además entabló estrechas relaciones con las guerrillas que intentaban controlar el espacio altoperuano. Los líderes de estas guerrillas, José Álvarez de Arenales, Ignacio Warnes, Manuel Ascensio Padilla, Idelfonso de las Muñecas, Vicente Camargo y Eusebio Lira, movilizaron una gran masa indígena que habitaba el espacio rural, y fue el bastión principal del Ejército Auxiliar en el Alto Perú, pues la insurgencia popular pasó a ser la característica fundamental de este período en la lucha por la independencia.

Mediante la lectura de la correspondencia entre los generales de ambos ejércitos pueden observarse las acciones colectivas llevadas a cabo por las guerrillas. La Gaceta publicaba en septiembre de 1814:

Los pueblos odian cada día más al General Pezuela: Sta. Cruz de la Sierra, parte de la jurisdicción de Cochabamba, Sicasica, Chayanta, y los de las inmediaciones de Cinti hacen al guerra en aquel modo que es dable a hombres por la mayor parte desarmados¹² (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912: 651)

En correspondencia interceptada a Pezuela, fechada el 26 de julio de 1814, puede leerse:

También escribe el Subdelegado de Cinti, y el Comandante Militar del Partido de Chichas, que los Indios habían entrado en la capital de su partido armados con flechas, hondas, y palos, y que los comandaban los caudillos Padilla y Umaño: dice que sus intenciones eran invadir y sorprender cuantos auxilios vinieran a este Ejército de plata, recursos y de este modo aumentar el fuego de la revolución que se miraba ya en una total disolución. También avisa el subdelegado de Chayanta, que en un pueblo de su partido habían muerto y asesinado al Cacique y su Cuñado, y que todo aquel territorio se hallaba en un continuo movimiento para levantarse.¹³

¹² Información publicada en la Gaceta de Buenos Aires el 22 de septiembre de 1814, sin mencionar procedencia de la misma, (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912)

¹³ *Ibíd.*, pp. 683.

En carta fechada el 16 de mayo de 1814, el Teniente coronel Martín Miguel de Güemes, informaba acerca de una declaración extraída a tres desertores del ejército realista:

Los Comandantes Arenales y Cárdenas sostienen la insurrección en el interior de la Provincia de Cochabamba (...) Los Naturales igualmente le hacen una guerra de recursos que sirve de traba a sus operaciones (de los realistas). Los paisanos de la Campaña de Salta tienen en continua alarma su guarnición¹⁴. (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912: 597)

Güemes, Álvarez de Arenales y Warnes, mantenían vínculos con Buenos Aires, por las actividades desempeñadas en la milicia o la administración. Como señala Sara Mata, Álvarez de Arenales fue designado Juez Subdelegado en Arque, Cochabamba, y luego en Cinti, ambos partidos rurales conflictivos. Este cargo le permitió establecer fuertes vínculos con la población local indígena que le permitieron, al retornar al Alto Perú con el Ejército de Belgrano, colaborar con el reclutamiento de hombres para las milicias, y luego de su derrota permanecer en el Alto Perú sosteniendo entre 1814 y 1816 la guerra de guerrillas (Mata, 2008: 205), apostado en la región de Vallegrande.

Manuel Ascensio Padilla, líder de la insurgencia en Chayanta y Cochabamba, era propietario de la hacienda de Colco, y fue designado en 1809 Alcalde Pedáneo de la doctrina de Moromoro por el Subdelegado de Chayanta. Ese mismo año, desobedeció la orden de recoger contribuciones en víveres para las tropas realistas, y mantendrá una estrecha relación con los patriotas, considerándose parte del mismo proyecto independentista. Padilla fue incorporado al Ejército Auxiliar, como los caudillos mencionados en líneas anteriores, en un intento por parte del Ejército de controlar y hegemonizar las actividades de las guerrillas.

En sus memorias, Pezuela hace mención a estos líderes, remarcando el origen de los mismos y sus vínculos con Buenos Aires:

Su clase era la más oscura; pues Camargo, Umaña, Cárdenas, Padilla, Betanzos, Aceba, Mena y otros, eran indios y mestizos que jamás habían tenido más empleos que el de sacristanes en su lugar; Zárate, Cardoso, Ferreyra, Gonzáles y otros, aunque blancos, eran de la clase baja; y

¹⁴ Gaceta de Buenos Aires, N° 108, 25 de mayo de 1814 (Gaceta de Buenos Aires, IV, 1912)

Arenales y Warnes únicos de mejor nacimiento; no podían esperar buena suerte por sus maldades; y al contrario el gobierno intruso de Buenos Aires los había hecho Coroneles, Comandantes, Gobernadores de partidos y provincias que pensaban en disfrutar sus empleos (...) así como muchos de los curas y frailes tan malos o peores que los caudillos unidos a ellos (De la Pezuela, 2011: 54)

Por otra parte, Güemes fue nombrado Gobernador de Salta, hecho que remarca el poder e influencia que poseía sobre la población salteña. La designación de Güemes como gobernador de Salta generó conflictos con las ciudades subalternas, y el cabildo de Jujuy no reconoció el nombramiento. Tras un período de tensiones entre los cabildos de Salta y Jujuy, éste último reconoció al gobernador probablemente por la presencia de los gauchos movilizados (Marchionni, 2008) A partir de entonces, se dedicó a organizar un Cuerpo de Línea y las Milicias Cívicas, compuestas mayoritariamente por voluntarios. Luego, se incorporaron hombres que habían seguido la marcha del ejército patriota derrotado en Sipe-Sipe , éstos pasaron a revistar como oficiales de la División Infernal de Gauchos de Línea.

En marzo de 1815, el Ejército Auxiliar, esta vez al mando del General Rondeau, emprendió su tercera y última campaña al Alto Perú. El 29 de noviembre, las fuerzas patriotas fueron vencidas en Sipe Sipe. Esta derrota significó la pérdida total del Alto Perú, y el repliegue de las tropas revolucionarias hacia los territorios de Salta y Tucumán hacia 1816.

Güemes continuó liderando el proceso insurreccional en la provincia de Salta, afectando seriamente los intereses económicos de los sectores sociales más privilegiados, pues para poder mantener a sus tropas, dispuso cada vez con mayor frecuencia de empréstitos forzosos y la confiscación de bienes y ganados afectaron a las familias que se mostraban indiferentes a la revolución o que apoyaban a los realistas. A esto se sumó el saqueo de ganado y la intromisión en las estancias de los gauchos amparados por el fuero militar (Mata, 2008 b: 79)

En consecuencia, tanto las elites como el gobierno de Buenos Aires que en una primera instancia apoyaban al sistema de Güemes, cuando vieron afectados nuevamente sus intereses, Güemes fue percibido como una amenaza en el orden político, económico y social.

Consideraciones finales

Las guerras de independencia, como se ha señalado, se han analizado generalmente destacando el protagonismo de los sectores criollos en el proceso de emancipación latinoamericana. Los sectores populares fueron ocultados por la historiografía tradicional, y cuando se los mencionaba, se lo hacía peyorativamente.

Sin embargo, mediante el análisis de las fuentes escogidas hemos podido observar que la plebe del ámbito rural, indígenas en particular, asumió un rol elemental a lo largo de todo el período revolucionario. La participación de los grupos indígenas junto al ejército patriota o a las fuerzas limeñas no debe interpretarse de manera mecánica o simplista. En este proceso de transición del orden colonial a las formación de estados independientes, los indígenas pelearon no sólo por simple coacción, sino porque se encontraban en juego sus propios intereses, que tenían que ver con sus libertades y derechos individuales y colectivos.

En este sentido, las relaciones sociales dominantes establecidas durante el período colonial influyeron de forma determinante al momento de entablar las alianzas. Las poblaciones de la región altooperuana tenían una tradición histórica de lucha y resistencia desde la época colonial y éstas, estratégicamente, tuvieron un papel primordial, sobre todo en la conformación de las guerrillas que sirvieron de sostén al ejército revolucionario en un territorio complejizado como el Alto Perú. Como lo afirma Marie-Danielle Demélas en su estudio acerca del Diario de José Santos Vargas, tambor en la guerrilla de Ayopaya comandada por Eusebio Lira, y posteriormente por Chinchilla y Lanza, la participación de los indios ha sido el resultado del encuentro de dos proyectos: *“Por una parte, la necesidad que sentían los dirigentes independentistas de apoyarse en las fuerzas indígenas y, por otra parte, las estrategias propias de las comunidades y de sus jefes, ya se tratase de caciques o individuos emergentes”* (Démelas, 2007: 318).

El análisis de las acciones colectivas desplegadas por los sectores populares en las guerrillas altooperuanas, así como de la organización de las milicias rurales al mando de Güemes, nos permite comprender que estos sectores han sido la base de la resistencia en todo el territorio estudiado, de manera tal que representaron un quiebre en las relaciones sociales vigentes durante la colonia, basadas en el arrendamiento, el peonaje, la provisión de crédito y la administración de justicia por parte del cabildo (Paz, 2008: 83).

Bibliografía

Adrián, Mónica, (2011), “La participación popular en la revolución de Chuquisaca del 25 de mayo de 1809”, en XIII Jornadas Interescuelas-Departamentos de Historia, San Fernando del Valle de Catamarca, Agosto de 2011.

Démelas, Marie- Danielle, (2007), *Nacimiento de la guerra de guerrilla. El diario de José Santos Vargas (1814-1825)*, Bolivia: Plural, IFEA.

Gil Montero, Raquel, (2002), “Guerra, hombres y ganado en la Puna de Jujuy. Comienzos del siglo XIX”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, N° 25, Buenos Aires.

Gil Montero, Raquel, (2006), “Las guerras de independencia en los Andes Meridionales”, en *Memoria Americana*, N° 14, pp. 89-117.

Fradkin, Raúl, (2010), “Los actores de la revolución y el orden social”, en *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, 3° serie, N° 33, segundo semestre de 2010, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge (coords), (2010), *Doscientos años pensando la Revolución de Mayo*, Buenos Aires: Sudamericana.

Halperín Donghi, Tulio, (1979), *Revolución y guerra. Formación de una elite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Halperín Donghi, Tulio, (1998), *De la revolución de independencia a la Confederación rosista*, Buenos Aires: Paidós.

Larson, Brooke (1991) “Explotación y economía moral en los Andes del sur andino: hacia una reinterpretación crítica”, en Moreno, Segundo y Salomón (comp.), *Reproducción y transformación de las sociedades andinas siglos XVI-XX*, Quito: Abyayala/mlal, tomo II, pp. 441-479

Marchionni, Marcelo, (2008) “Entre la guerra y la política. Las elites y los cabildos salto-jujeños en tiempos de Güemes”, en Bragoni, Beatriz y Mata, Sara (comp.), *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 217-243.

Mata, Sara, (1999), “Tierra en armas. Salta en la revolución”, en Mata, Sara (comp.), *Persistencias y cambios: Salta y el Noroeste argentino entre 1770-1840*, Prohistoria, Rosario.

Mata, Sara, (2004), “Salta y la guerra de Independencia en los Andes meridionales”, en *Jahrbuch Für Geschichte Lateinamerikas*, N° 41, pp. 223-245.

Mata, Sara, (2008) “Insurrección e independencia. La provincia de Salta y los Andes del sur”, en Fradkin, Raúl (comp.), *¿Y el pueblo dónde está?, Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires: Prometeo Libros, pp. 177-208.

Mata, Sara, (2008 b), “Paisanaje, insurrección y guerra de independencia. El conflicto social en Salta, 1814-1821”, en Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge (comps.), *Desafíos al orden. Políticas y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario. Prohistoria, pp. 61-82.

Paz, Gustavo (2008), “El orden es el desorden. Guerra y movilización campesina en la campaña de Jujuy 1815-1821”, en Fradkin, Raúl y Gelman, Jorge (comps.), *Desafíos al orden. Políticas y sociedades rurales durante la Revolución de Independencia*, Rosario: Prohistoria, Pp. 83-101.

Serulnikov, Sergio (2006), *Conflictos sociales e insurrección en el mundo andino. El norte de Potosí en el siglo XVIII*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Soux, María L. (2008), “Tributo, constitución y renegociación del pacto colonial. El caso altopereano durante el proceso de independencia (1808-1826), en *Relaciones*, Vol. XXIX, N° 115, pp. 19-48.

Soux, María L. (2008 b), “Los caudillos insurgentes de la región de Oruro: entre la sublevación indígena y el sistema de guerrillas”, en Bragoni, Beatriz y Mata, Sara (comp.), *Entre la Colonia y la República: Insurgencias, rebeliones y cultura política en América del Sur*, Buenos Aires: Prometeo Libros, pp.125-141.

Thomson, Sinclair (2006), *Cuando sólo reinasen los indios. La política aymará en la era de la insurgencia*, La Paz: Muela del Diablo editores, Aruwiyiri.

Walker, Charles (2004), *De Tupac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano 1780-1840*, Cusco: CBC.

Fuentes

Aráoz de Lamadrid, Gregorio (1855), *Observaciones sobre las memorias póstumas del Brigadier José M. Paz*, Buenos Aires: Imprenta de la revista.

De la Pezuela, Joaquín (2011), *Compendio de los sucesos ocurridos en el Ejército del Perú y sus provincias (1813-1816)*, Edición y estudios introductorios de Ortemberg, Pablo y Sobrevilla Perea, Natalia, Santiago de Chile: Ediciones Centro de Estudios Bicentenario.

Documentos del Archivo Belgrano (1914), Museo Mitre, Tomo IV, Buenos Aires: Imprenta Coni Hermanos.

Gaceta Ministerial de Buenos Aires (1810-1821), Tomo II, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires, 1912.

Gaceta Ministerial de Buenos Aires (1810-1821), Tomo IV, Junta de Historia y Numismática Americana, Buenos Aires, 1912.

Paz, José M. (1950), *Memorias póstumas*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial trazo.

Paz, José M. (1968), *Memorias*, Tomo I, Buenos Aires: Editorial Schapire S.R.L.